

CULTURA

El Unamuno enamorado visita Europa

Unos apuntes de viaje hasta ahora inéditos descubren la prosa del escritor cuando tenía 24 años. En 1889, el lema 'Liberté, Egalité, Fraternité' le parecía "una mamarrachada"

JESÚS RUIZ MANTILLA, Madrid
No se dio cuenta, pero lo que Miguel de Unamuno (1864-1936) dejó garabateado en alguna libreta con impresiones de un recorrido con su tío Claudio por Europa —entre Bizkaia y Nápoles— se trataba, por su tono y su coherencia, de una primera obra. Entonces, 1889, a sus 24 años, era un tierno bilbaíno muy del terruño, pero con dotes y determinación para el camino que le convertiría con tiempo en referente del 98. Quien sí lo ha visto claro ha sido Pollux Hernández, doctor de la Universidad de La Sorbona, escritor, traductor, experto teatral. No deja lugar a dudas. Lo que se publicará a finales de enero como *Apuntes de un viaje por Italia, Francia y Suiza*, en Oportet Editores, afirma rotundamente, "es su primer libro".

Hace algún tiempo, un misterioso donante contactó con Hernández tras haber leído un prólogo suyo a *Niebla*, la novela, o más bien la *novela* de Unamuno, y le puso en la mano esta joya de juventud. "Creo haber conseguido lo que este hombre deseaba, es decir, acercarlo al lector actual de manera fiel y sencilla, aunque, tal vez, me haya pasado en las notas", comenta el autor de la edición. "Como a cambio me pidió el anonimato, no revelaré su nombre. Por lo que he investigado, el manuscrito debe de haber pasado por varias manos. No se hallaba entre los papeles de Unamuno ya en 1967, cuando la familia estableció un inventario de todos ellos antes de donárselos al Estado. No figura en él".

A lo largo del texto y en 49 días —no en dos semanas como se creía—, Unamuno va desgarrando sus impresiones sobre las ciudades en las que se detiene: de Bilbao, punto de salida y retorno, pero presente en todo el trayecto como un tótem, hasta la costa amalfitana en Italia, con las ruinas de Pompeya y Herculano como referentes.

Un intelectual en pañales, que este libro ayuda a descifrar. "El Unamuno que conocíamos hasta ahora ofrecía ciertas zonas de sombra en sus últimos años bilbaínos. Ilumina muchos aspectos de su biografía y de su manera de ser y pensar en estos años, antes de que se instalara definitivamente en Salamanca hacia 1891", comenta Hernández.

Un joven perspicaz

Para el especialista, "el lector actual, sobre todo si conoce alguna de las ciudades que va visitando, disfrutará al descubrir la perspicacia de un joven que ya era un gran escritor antes de que, muchos años después, se diera a conocer con otras obras".

Jordi Gracia, crítico y catedrático de la Universidad de Barcelona, si bien no ve claro que se pueda calificar el descubrimiento de primer libro, sí coincide con su carácter extraordinario.



Miguel de Unamuno con su hijo Ramón, en una imagen tomada hacia 1915. / EFE

ANÁLISIS

La intrincada osamenta de la Torre Eiffel

JORDI GRACIA

Con 24 años y sin empleo, Unamuno sólo ha escrito artículos, pero vive airado porque "aún no se reconoce la pluma como arma, hay mucho burgués que estima de locos escribir ameno, y riñe a su hijo si le da por ahí", justo cuando él mismo llena páginas y páginas de dos extraordinarios cuadernos de viaje. La ruta le llevará a Italia, Suiza y de vuelta a París, "capital del mundo modernista, ya que no del moderno". Pero antes se encandila "decididamente" con "las catalanas", sin "aquel horrible mantón y el pañuelo tapaporquerías de Madrid", en una Barcelona de "frescura, espacio, olor a tilos y bienestar, no aquel vaho de miseria que despide Madrid. Junto a esto Madrid es un villorrio".

Del viaje de 1889 sabíamos ya, pero no que lo hubiese hecho tan reconcentrado en todo como se desprende de estas páginas, junto al tío Claudio y su amigo "don Alfonso". Unamuno galopa en tren y trota en prosa a medida que recorre paisajes, se ensimisma arrobado ante las montañas suizas, se escandaliza con las obscenidades de Pom-

peya o se desengaña con la Venus de Milo, "carcomida por mil sitios, además de manca de ambos brazos". Ya en Francia se ha subido a la Torre Eiffel—"alguna impresión me ha producido" el "intrincado laberinto de su osamenta"—y visita la Exposición Universal que conmemora los 100 años de la Revolución francesa: "Sin conocerla, me huele a algo canallesco, de plazuela, fanfarria, a mucho ruido para pocas nueces", entre otras cosas porque estos franceses bullangueros y charlatanes lo impacientan: "¿Cuán do se convencerán estos simples de que donde hay libertad no puede haber igualdad?" Las embrutecidas escenas del Folies Bergère empeoran su ánimo con sus "desnudeces asquerosas", sus "miradas de hambre" y "mucho carne como flor de estercolero". O sea, "un *rendez-vous* de putacos y nada más", a los ojos de un muchacho que odia la fotografía porque miente la realidad. Y por eso no se ha llevado una foto de su novia con él, aunque no la olvida nunca y hasta le exalta, en particular cuando está ya cerca de su añorado Bilbao y de su despacho: "Con mi tintero, mi vieja pluma de

mango de madera, los objetos que siempre me han rodeado, mi gabinete, mi ancha silla y esta calle, esta calle de mis recuerdos".

Ha pintado ya el idilio vasco con vascas que son su verdadero tipo, como su Concha, mientras las ve "venir sin hacer ruido", "reír y cuchichear entre ellas, a estas de aquí que son de mi raza, de la raza de ella", mientras él les habla "el vascuence que sé" y se dispone, sobre todo, a la guerra sin cuartel. Le ha gustado tanto esto de escribir "memorias de viaje" que desde este verano de 1889 se compromete a "seguir llevando memorias". Pero serán públicas porque su pasión es todavía y sobre todo el periodismo, "la santa lucha de la fuerza bruta" para acabar de una vez "con esos, los miserables, los bandidos, la hez china" que "forman las diputaciones provinciales y los tribunales de oposición a cátedras y, si son curas o hijos de buena casa, son lo más rastroso que se conoce, la última boñiga del último estercolero".

Ya sabe que un periódico debe ser "una cosa caliente, fuerte, que exalte y fermente, viva", obstinado en "barrer la inmensa estupidez humana". Unamuno puro y desnudo.

"Lo es, por su desnudez, por su autenticidad, en muchos casos, una vez leído el libro, asombra la autenticidad del joven que más adelante conoceríamos como Miguel de Unamuno", asegura.

Ya poco después del comienzo del viaje, vierte preguntas marca de la casa, aunque con conclusiones opuestas: "Después de todo, ¿qué es una nación? Un conjunto de gentes que hablando como piensan se entienden. Esto es la patria". Por no hablar de su inconformismo. "Y un radicalismo no tanto visceral. Ideológicamente no sé en qué momento se hallaba", asegura Hernández. "Lo que es algo objetivo es que por aquella época salió de Bilbao preocupado porque a sus 25 años no lograba aprobar una oposición y deseaba casarse cuanto antes. Durante todo el viaje el recuerdo de su novia, Concepción Lizárraga, que será su esposa, es constante".

Italia y Suiza pasan el examen de sus gustos... Pero Francia y más concretamente París, le repatean. "En la capital se detuvo once días, durante los cuales tuvo tiempo de odiar la ciudad y la Exposición Universal". Allí se desfogó desconcertadamente, como una especie de carca contrarrevolucionario: "La mamarrachada de *Liberté, Egalité, Fraternité*". llega a decir: "La revolución me huele a algo canallesco, a mucho ruido y pocas nueces", suelta. "Esta Babilonia —por la Expo— me da patadas en la barriga, es la cosa más cargante...". Por no hablar de la Torre Eiffel: "Produce opresión, pequeñez". Le entran constantemente ganas de marcharse a su Bilbao: "El amontonamiento de la gente es cosa triste".